

A veces prosa

La amistad de Alfonso Reyes y Jean Cassou

Adolfo Castañón

A los treinta años, con cinco de exilio a cuestas, dos o tres libros editados en Europa y un caudal de artículos dispersos a uno y otro lado del Atlántico, Alfonso Reyes conoció a Jean Cassou durante su estancia en España en 1919. Eran los años entusiasmados del Café del Pombo, y Cassou uno de los que descubrían en Ramón Gómez de la Serna a uno de los pivotes dinámicos de la nueva literatura española. La simpatía fue instantánea. Cassou (1896), siete años menor que Alfonso Reyes (1889), veía a éste con curiosidad, simpatía y admiración. Era Cassou un muy buen lector que lo mismo podía hacer excelentes observaciones sobre Max Jacob o las traducciones de Shakespeare al francés —como asienta André Gide en su *Diario*— que apreciar un buen vino a la mesa. Además de la cultura española, francesa, inglesa, griega y latina, el amor por la poesía y las artes, los unían varias cosas: el abuelo materno de Cassou había estado en México y se había casado con una mexicana: “Mi padre había nacido en Guanajuato de madre mexicana. Lleo pues en mis venas de escritor francés, de intelectual europeo, la nostalgia de México. México y sus dioses forman parte de mi subterráneo, allí donde bajo a veces para escucharme y para oírme”.¹ Nacido en España, de sangre francesa y mexicana, Cassou, que entonces apenas contaba con veinticinco años, algunas traducciones y artículos, pertenece a la ilustre familia de hispanistas como Ernest Martenche, Robert Ricard o Marcel Bataillon de quienes Reyes sería tan amigo. El hispanismo de Cassou no era un arcaísmo, como

lo prueba su intensa amistad con los poetas Pedro Salinas y Jorge Guillén, a quienes promovería y traduciría. Años más tarde este último publicaría en México un librito dedicado a él: *Variaciones sobre temas de Jean Cassou, homenaje de Jorge Guillén*; como lo prueba también su vivo interés en la obra del joven maestro mexicano.

La formación clásica y literaria de Cassou le había permitido trabajar como secretario del novelista y poeta Pierre Louÿs, quien a su vez era yerno de José-María de Heredia, el poeta franco-cubano, autor de los sonetos *Les Conquérantes* y de la traducción de la *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, que sería saludada por Gustave Flaubert como un prodigio de reconstrucción histórica. Cassou se encontraba en el centro de la cerrada ciudad de las letras francesas y fue una de las amistades que le abrieron paso a Reyes en el París de aquellos años y en el mundo literario francés. Ambos amigos compartían una formación clásica y por sus lecturas de poetas griegos, latinos, medievales y provenzales se podría decir de Jean Cassou que tal vez era, como Francis de Miomandre, un ateneísta de pura cepa francesa. Reyes y Cassou traían una sensibilidad artística a flor de piel: gustaban de la belleza, gustaban del poema y de la obra de arte antigua o moderna. Ambos escribían poemas inspirados en la religión del amor, y a ambos les atraía la buena, la mejor literatura como puede ser la de los poetas provenzales. Antes de llegar a ser director del Museo de Arte Moderno, Cassou se había interesado en las obras de Brueghel y los maestros flamencos, en la de Picasso e incluso en la del mexicano Rufino Tamayo. El mundo del arte los llamaba a ambos y tenían amigos, sensibilidades afines y sen-

timientos parecidos en política. Cassou era amigo, traductor y entrevistador de Miguel de Unamuno, una de las grandes pasiones literarias de Alfonso Reyes, y en 1926 el francés publicaría en Éditions Kra su *Panorama de la littérature espagnole contemporaine* que coincide autor por autor con la España literaria y poética de Alfonso Reyes.

Cassou sería partidario de la República española, militaría en el Partido Comunista, sería encarcelado y condenado a muerte durante la ocupación, daría la espalda al estalinismo y se identificaría con el caudillismo personalista del yugoslavo Josip Broz Tito. Cassou se encontraba en una posición privilegiada entre ambas culturas —la americana y la europea, la liberal y la anarco-comunista—. Por ejemplo, participó en el homenaje que se celebró en Francia en 1946 en honor de Antonio Machado en compañía de Albert Camus, María Casares y de Octavio Paz. Jean Cassou formaba —junto con Mathilde Pomès y Marcelle Auclair— parte del grupo de jóvenes críticos que rodeaban a Valéry Larbaud: amigo de amigos, amigo de las mismas letras y de las mismas voces.

La intimidad de Alfonso Reyes y Jean Cassou fue durante muchos años hasta la raíz de la complicidad. Cuando Cassou se separó de su primera mujer, que le daba no pocos dolores de cabeza, Alfonso Reyes llegaría a ser su confidente privilegiado y, por así decir, su padrino de divorcio y de segundas nupcias, como consta en la carta del 12 de febrero de 1925.

París, le 12 II, 1925

Mi querido Reyes, sí, tengo algo que pedirte (¡no se trata de dinero!).

Más hacia bien de sentimientos.

¹ Citado por Antonio Acevedo Escobedo en su libro *Letras de los 20's*, editado por el Seminario de Cultura Mexicana en 1966, “Diciembre, 1925”, p. 247, asienta: “El famoso escritor y crítico de arte Jean Cassou fue en aquella época el secretario de Pierre Louÿs”.

Toda una confesión tengo que hacerle: estoy ahora en una situación sentimental extraordinaria, y he pensado que V. podría servirme. Le diré cómo. Esta carta le parecerá misteriosa, pero la escribo al autor del *Plano Oblicuo*. ¿Puede V. almorzar conmigo el lunes próximo?

Estaré a las 12 en la “terrace” del Weber, rue Royale.

Un cordial abrazo de su siempre amigo

Jean Cassou

Cassou admiraba a Reyes. Es posible que haya conocido los cuentos de *El plano oblicuo* apenas publicados en Madrid, en 1920, en Tipográfica Europa. Cassou tradujo al francés ese libro de cuentos experimentales y tradicionales, híbrido de Andersen y Apollinaire, y entre 1920 y 1924, publicó en diversas revistas algunos de esos cuentos: “La cena” [“Le répas”] en la *Revue de l’Amérique Latine*, “La primera confesión” [“La première confession”] en la *Revue Bleue* en 1926, “La entrevista” [“La entrevue”] en *Le Mail*, en 1928, y “De cómo Chamisso dialogó...” [“Comment Chamisso dialogua...”] en *La Nouvelle Revue* en 1928. Aunque la traducción de los cuentos no llegó a publicarse en la editorial Gallimard —y en ninguna otra— el traslado de esos cuentos ayudó para que el francés, con ascendencia mexicana, y el mexicano, hispanista afrancesado, cristalizaran una sólida amistad, aunque hay que admitir que la sombra de la no publicación de *El plano oblicuo* en Gallimard terminaría entibiando la relación.

A lo largo de los años y las décadas, Cassou escribiría varios textos en honor de Alfonso Reyes, refrendando una amistad desinteresada y fincada en el amor a la poesía, el arte y las letras.

El primer texto escrito por Cassou sobre Alfonso Reyes fue publicado en la *Revue de l’Amérique Latine* en París, en 1924.

Jean Cassou fue también importante en la vida de Reyes pues —como recuerda el propio Reyes— fue en su casa donde pudo ver muchas veces a Unamuno y donde Reyes conoció al joven Rilke. Un día, al salir

de regreso a casa con el poeta austriaco, Unamuno le acarició la espalda con una frase que desde entonces acompañaría a Reyes como una sombra luminosa: “La inteligencia de Reyes es una función de su bondad”. Reyes tomó ese elogio como el “más conmovedor que pudiera recibir y desear”. Y me quedo fantaseando en la conversación que pudieron sostener a orillas del Sena el poeta alemán y el prosista mexicano.

Para Reyes, las letras, la cultura, eran a los ojos de Cassou “comercio” —en el sentido en que Paul Valéry y Valery Larbaud habían escogido para titular su revista—, “comercio con los hombres, las mujeres, los libros, las ideas, amigos muy dilectos...”. Lejos de aislarse en una torre de marfil, Reyes permanecía atento, meticulosamente atento, a la escucha de otros hombres. El segundo ensayo fue publicado en 1926 en la *Revue Bleue*, donde hace un retrato de nuestro escritor.

Cinco años más tarde, ya desde Brasil, Alfonso Reyes le escribiría a su amigo, el traductor y defensor de Unamuno, unos versos titulados:

TRIOLETE²

Para agradecer a Jean Cassou el envío de su libro Sarah, que llegó después de otros dos o tres libros del mismo autor.

Como juega el calidoscopio
juega tu amistad con la mía:

a nueva sorpresa por día,

como juega el calidoscopio.

Sarah vuelca el cofre, y yo acopio

luz y calor y fantasía.

Como juega el calidoscopio

juega tu amistad con la mía.

Río de Janeiro, 1931.

Ocho años después, en 1939, las Ediciones Quetzal de México lanzarán al mercado el

² Alfonso Reyes, “Triolete” en *Constancia poética, Obras completas*, tomo X, Fondo de Cultura Económica, México, 1959, p. 262.

libro de Jean Cassou *Cervantes, un hombre y una época*; la traducción fue de Francisco Pina y muy probablemente también la nota anónima que acompañó esta edición. Años después, Jean Cassou publica en *Argentina Libre* un tercer texto acerca de Reyes humanista:

UN VERDADERO HUMANISTA³
(FRAGMENTO)

[...] Recientemente, en ocasión de una conmemoración estudiantil, Alfonso Reyes resumía la evolución de la Universidad moderna mexicana. Mostraba cómo cierto movimiento nacido del positivismo francés, cierto movimiento científico, técnico, racionalista, progresista, muy siglo XIX, y que llamaríamos primario (sin ninguna intención despectiva, créanlo ustedes) había producido el renacimiento intelectual mexicano y se había transformado, poco a poco, en una aspiración hacia estudios más desinteresados, pero que, seguramente, hubiesen sido una cosa abstracta y artificiosa sin aquellos prosaicos, pero generosos comienzos. Pues eso mismo es humanismo: aquel contacto con la vida, con la realidad vivida, necesario en un pueblo joven, es la condición de las más sutiles y exquisitas producciones del porvenir. Así puede desarrollarse un humanismo genuinamente mexicano. El país de la gongorizante sor Juana Inés de la Cruz es el mismo país del buen maestro Justo Sierra. El humanismo marca la reconciliación de la vida popular, histórica, con sus necesidades y sus sencilleces, y de la elaboración espiritual con sus finezas y sus sabidurías. Nuestro gran poeta Alfonso Reyes llega a mostrarse tan hábil en el *mester de juglaría* como en el *mester de clerecía*.

Los más antiguos y más nobles valores de la cultura europea vuelven a florecer en ese continente de grandes masas populares y de gran dinamismo histórico. Las tradiciones espirituales más refinadas tienen que adaptarse a una ardiente realidad vital. Nosotros, desde las orillas de nues-

³ Jean Cassou, “Un verdadero humanista” en *Páginas sobre Alfonso Reyes*, compilación de Alfonso Rangel Guerra, El Colegio Nacional, México, 1996, pp. 455-459, volumen I, segunda parte.

tro mundo sagrado, asistimos con confianza al espectáculo americano y al desarrollo de un humanismo, hermano de aquél por el cual luchamos.

Argentina Libre, Buenos Aires,
13 de junio de 1940.

Esa fe en la humanidad, en los valores, en la valentía de arriesgar la vida por la poesía y por el arte, por la solidaridad y por la amistad, es la que sostendría a Jean Cassou durante sus meses de reclusión en 1943 y 1944. Si fue partidario de la República como sus amigos Jorge Guillén y Pedro Salinas, él mismo participaría en la Resistencia hasta caer en la cárcel. El historiador, ensayista, crítico de arte, curador e hispanista sería recordado sobre todo por la publicación de sus *Trente-trois sonnets composés au secret* (*Treinta y tres sonetos compuestos en secreto* o los sonetos de la Resistencia). Estos

poemas se publicaron en una edición clandestina en 1944 con un prólogo de Louis Aragon. La recopilación de Jean Cassou fue publicada durante la ocupación en 1944, con el pseudónimo de Jean Noir. Poeta solidario de su época, quiso dar a ésta a través de sus poemas una lección de fe en los poderes del hombre y de su creación, en los momentos mismos en que, prisionero y amenazado de muerte, vivía en las condiciones más desesperadas. En su introducción Louis Aragon escribió:

En esta noche en que el cautivo se encuentra, lejos de complacerse en dar testimonio del hambre, de la sed, del frío, de los tormentos de la indignidad, de la humillación del hombre por el hombre, el poema es para él el gran desafío lanzado a las condiciones del desprecio de la condición humana. Representa para él el esfuerzo sobrehumano de ser hombre todavía, de alcanzar en las res-

giones del espíritu y del corazón que todo a su alrededor niega y difama.

En efecto, en sus sonetos son fuente de libertad; respuesta y no fuga o evasión. Cada verso, cargado de poesía y evocación, tiene algo de punzante y de directo, de puro y de invencible, de realizado y de poderoso, mientras que su movimiento interior reencuentra el profundizamiento del ser que es llevado de vuelta a su muy estricta soledad. En un idioma musical y decantado aparecen como cerrados sobre sí mismos, a la vez humanos y distantes, benévolos y sombríos: "Je suis perdu si haut que l'on entend à peine, / mon sourd appel comme un chiffon du ciel qui traîne". "Estoy perdido tan alto que apenas si se oye mi sordo llamado como un trapo del cielo que anda por allí". De esta forma, después de haber exaltado su poder sobre la noche que el enemigo le ha impuesto, Jean Cassou vuelve a



Jean Cassou



encontrar el valor profundo de los simples instantes que lo llevan a entrever “los ruidos lejanos de la vida”, poemas ocultos en los pliegues de las mudas espesuras. “Quels génies autres que l’infortune et la nuit auraient su me conduire à l’abîme où vous êtes ? [¿Qué otros genios sino los del infortunio y la noche me habrían podido llevar al abismo en que estáis?] Et je touche à tâtons vos visages amis [Y toco a tientas vuestros rostros amigos]”. De un poema al otro se urde con tejido de rebelión y de sueño; a veces domina el sueño, a veces el recuerdo o la revuelta, pero todos esos sentimientos brindan el mismo grado de pureza y de armonía. Nunca están ausentes de esta obra la angustia y la desesperación, sólo que no aparecen como las del poeta ante su destino: y ello presta a esta poesía y a su misterio un rostro cargado de silencio, de fuerza y de nobleza. “Ésta es la estancia de los ángeles muertos. Déjenos solos en nuestra vida desierta ante esas manos y ante esas alas desiertas”.

Estos sonetos luminosos y a la vez graves fueron compuestos y memorizados en una prisión, durante un confinamiento solitario, sin lápiz ni papel. De ahí que tengan en la poesía francesa moderna un lugar muy singular y subsisten como una marca irreplicable hasta el punto en que podrían ser asociados a otros textos del siglo XX, como los del poeta ruso Ósip Mandelstam y su esposa Nadezhda o los del húngaro György Faludy, que fueron también salvados por la memoria. Louis Aragon diría tres años más tarde en 1947, en su libro de combates por la poesía titulado *Chroniques du Bel Canto (Crónicas del Bel Canto)*, que de la misma manera que no se puede separar la forma del contenido de un poema, tampoco se puede considerar por separado la técnica de la voz lírica, que la técnica es también reflejo de las circunstancias históricas y sociales del poema. “Al hablar de los sonetos escritos por Jean Cassou (bajo el pseudónimo de Jean Noir) en prisión, en secreto decía yo que el soneto en un periodo semejante aparece como la forma misma de la poesía prisionera”. Años después, en 1951, el poeta español Jorge Guillén haría una *plaque* de 200 ejemplares no-venales con el título *Variaciones sobre temas de Jean Cassou* impreso por Gráfica Panamericana al cuidado de Julián Calvo. Guillén

traduce ahí varios de los sonetos de Cassou y reproduce la nota de éste que acompañaba la edición clandestina de 1944.

Después de esos años oscuros de la guerra y la ocupación, Jean Cassou sería de algún modo recompensado. La nueva República lo llamaría para ser el creador del Museo de Arte Moderno en Francia. Para ello se entregó al rescate de muchas obras de arte que habían sido saqueadas por los nazis. Cassou, no sobra decirlo, era una personalidad muy inquieta. Además de todo esto fue, junto con Tristan Tzara, uno de los fundadores del Institut d’Études Occitanes, cuyo propósito era estudiar y publicar, a través de cuadernos de filología y de historia, la poesía de los trovadores provenzales más célebres, como puede ser el caso de la edición de Peire Cardenal, uno de esos poetas de la Edad Media en quien se aliaban en una venturosa trinidad la poesía, la religión y el amor.

Unos cuantos años antes de la muerte de Alfonso Reyes, Jean Cassou escribiría para el *Libro Jubilar* de su amigo que cumplía cincuenta años de escritor un hermoso texto sobre la poesía y el amor. El ensayo, además de sus virtudes evidentes, estaba sembrado de alusiones amistosas y amorosas.

CUANDO HABLABA CON USTED LA ÚLTIMA VEZ⁴

La otra noche le confié a usted el secreto de los trovadores, a saber la identificación del amor y de la poesía. Hay, por una parte, una cierta regla del amor, del amor difícil y prohibido; de la otra, una cierta regla del ejercicio poético, regla muy estricta, y que impone al poeta la necesidad de hacer entrar toda la diversidad y todos los impulsos de su pasión en el corsete férreo de una versificación convencional y de un vocabulario restringido formado por algunas palabras simbólicas, siempre las mismas. Pues bien, Racine se somete a los mismos rigores: él va también a presentarnos un registro estricto de las actitudes y de las situaciones del amor

⁴ Jean Cassou, “Je vous parlais pour la dernière fois” en *Libro Jubilar de Alfonso Reyes*, Dirección General de Difusión Cultural/UNAM, México, 1956, pp. 141-144.

y a afinarlos con un registro poético no menos imperiosamente delimitado, con un lenguaje muy pobre (usted sabe que el léxico de Racine es el más reducido de toda la literatura francesa), compuesto de un muy pequeño número de imágenes, de metáforas, de símbolos que son siempre los mismos (fuego, llamas, nudos, etc.), y mediante los cuales llegará a hacer entender todos los ardores de la más viva pasión.

Así pues, para Racine, como para los trovadores, el amor es poesía y la poesía es amor, y ambos son contrarios y están constreñidos. Así pues, ambos van a ir en pos de la misma aventura, ambos van a tener la misma historia, y esa historia forma el tema mismo de las tragedias de Racine. Voy a contar a usted ese asunto, y así le revelaré el secreto de Racine, y verá usted que es el secreto de los Trovadores.

Se trata de un diálogo. La poesía, la palabra poética, la voz humana se dirige a alguien, y ese alguien es el otro, la figura del amor, la Dama, la mujer. Y la palabra, la expresión está constreñida por la regla poética, al igual que el amor se ve contrariado por la ley, moral o social, la ley de la vida, la ley del destino: la mujer es inaccesible. Así pues, se dan juntos, discurso y drama.

La poesía de Racine, como la de los trovadores, no es solamente poesía lírica, es decir efusión de un alma solitaria, es una poesía dramática: es una poesía dramática que va de un sujeto a un objeto.

El argumento de las tragedias de Racine, es la dificultad que vive el héroe para obtener a la mujer que ama y ésta le será finalmente arrancada en virtud de una separación definitiva, a menudo por la muerte. Es también el esfuerzo que cumple la palabra poética por dirigir su discurso a esa mujer; ella lo hace, ella le habla a través de todas las obligaciones de la retórica, reforzadas por esas deliciosas obligaciones que son la reticencia y el pudor racinianos, y luego esa palabra es interrumpida, es matada, expira, se reabsorbe en el silencio. El tema de las tragedias de Racine es doble: es la historia del amor y la historia de la poesía. Y es la misma historia pues la poesía está encarnada en ella por el amor [...]

Jean Cassou sobreviviría veintisiete años a su amigo Alfonso Reyes. **U**